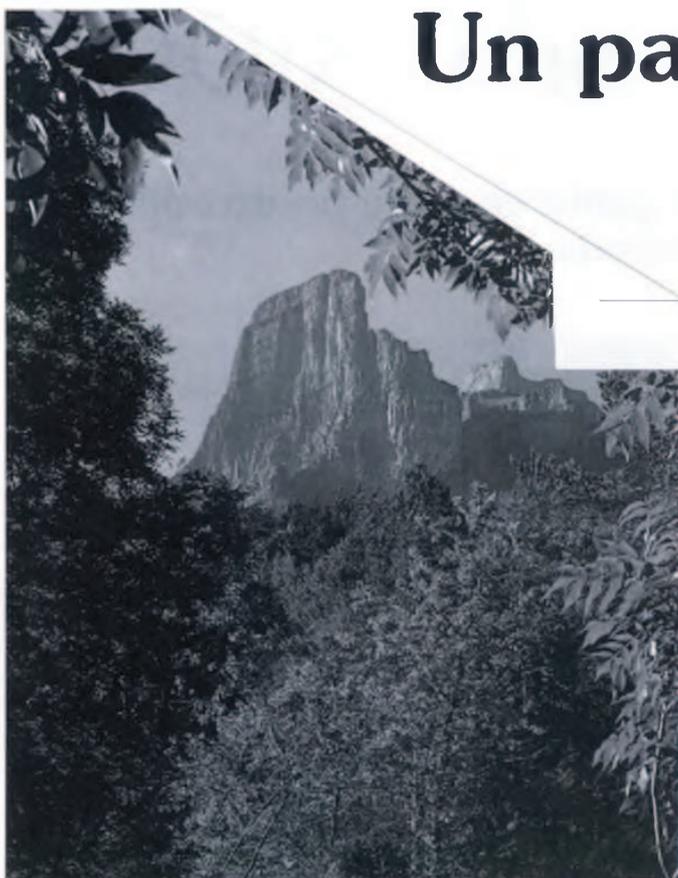


# Un paseo por Ordesa

Ramón MUGICA LECUONA  
del Grupo de Montaña Urdaburu



Tozal del Mallo

Fotografía: Joseba Olaziregi

Después de divisar a nuestra derecha el hermoso valle de Broto, llegamos a Torla, pueblecito muy similar a los del Pirineo, construido en un altozano sobre maciza roca, con sus casitas de piedra bien agrupadas, sus características chimeneas encapuchadas, bien alineadas todas, demarcando unas estrechas callejuelas. Suelos enlosados con una bonita plaza y un Ayuntamiento remozado aunque conservando su estilo. Una angosta callejuela sembrada de casas, desde unas pequeñitas a una que parece una atalaya con sus almenas remendadas, nos conduce a la iglesia austera y pétrea, rodeada de una verja que cuida un hermoso jardín, bien cuidado y que huele a jazmines, alélie y rosas. Por dentro es blanca y limpia, con un altar con muchos dorados, dedicado extrañamente a los Reyes Magos. Nos cayó simpática la cosa, porque de estos campeones de la fé y grandes viajeros no se acuerda nadie sino una vez al año y con la mira egoísta del que algo espera.

El Hotel Villamala, con su cafetería, su autoservicio y su H que bien pudiera ser de Hotel, Hostal u Hospedería (pero lo que viste es la gran estrella y además dorada), nos acoge.

Cuarto monacal y austero, con cama amplia y recia, con un lavabo y un armario perezoso, que se queja y cruje, cada vez que se necesita de él.

Buena cocina y abundante, con el grueso vino de Cariñena, fuerte y ajerezado que no hay cristiano que pueda con él.

Nos levantamos a las 6 de la mañana para visitar el Parque Nacional, atravesamos el denominado "puente de los navarros" y por una sinuosa carretera llegamos a la entrada del Parque.

Ya el mismo vestíbulo impone respeto, con las efigies gigantes del Tozal del Mallo y el gran macizo de la Gallineta. Hemos entrado en la Gran Catedral de la Naturaleza. Todo invita al silencio, por la magnificencia y grandiosidad de aquel inmenso mural que a primera vista te anonada y te sobrecoje.

Debemos de ser los primeros en iniciar la marcha. El río

Arazas, jugueteón y andariego nos empieza a acompañar y nos lleva a través de pinos y hayas a la Virgen de los guardabosques, sencillo altar de clásico estilo tirolés, con ofrenda de flores silvestres a sus pies que pueden ser ramilletes de oraciones y promesas. Más abajo dos letreros, que forman cruz con el pie y señalan la bifurcación de caminos a Cotatuerto y Soaso, marcando las distancias y las horas de marcha. Seguimos el de la derecha que señala diez kilómetros a la Cola de Caballo.

Laña de Saralieto, con sus bosques de colosos de grueso tronco y elevada copa, a la que siguen árboles incipientes de toda variedad. Con una suavidad pasmosa y a la sombra de los árboles eternos se llega al Barranco de Arripes con su cascada a 1.400 m, toda plata y sinfonía sin que haya recibido todavía el beso del Rey Sol.

A poca distancia, la cascada del Estrecho, con una caída audaz, que parece haber querido romper la monotonía de un descenso plácido y salta, rompe y rasga en un sobrecojedor salto de 100 m. Es quizás el torrente que más nos impresionó, porque como diría Bret: "El torrente ruga atronando los oídos, y dentro de ese ambiente húmedo se experimenta la sensación de haber caído para siempre en el fondo de un abismo, palacio de diluvio, sin otra esperanza para volver al mundo, que la contemplación en lo alto, de un girón de cielo inaccesible..."

Siempre en silencio, pasamos por el bosque de hayas, camino retorcido y apartado del río. Su monotonía se rompe siempre, al contemplar sus diversos tamaños. Hay verdaderos gigantes erguidos y también ídolos caídos que parecen momias faraónicas. Nos da la sensación que todo el bosque al llegar a las Cuevas de Frachinal nos está forzando como siempre a mirar hacia arriba.



Valle de Ordesa

Fotografía: Jesús Hospitaler

Al terminar el bosque entre reflejos tenues e incipientes parece ir rompiendo su timidez el sol. ¡Qué policromía de luces y color! Unas palomas torcaces huidizas nos sorprenden con su cercano aleteo. ¡Qué hermoso sitio han escogido para anidar allá en las alturas, lejos de su enemigo el hombre!

Pasado el vestibulo entramos en la nave central del enorme templo. Parece que la iluminación, más intensa, nos deja ver las gradas de Soaso. Son, como unos veinte escalones, escalones solemnes y amplios de altar mayor, tapizados de plata con la sacra solemnidad de podernos conducir en su ascensión hasta los dioses del Olimpo. Es quizás el fenómeno de la naturaleza, donde parece que por su simetría haya podido intervenir la mano del hombre y no es así. Es una simetría anárquica y caprichosa por donde el agua salta, corretea en cascada e hilos de plata, descansa y vuelve a dejarse caer, engarzando y componiendo una melodía alocada de luz, sonido y color.

Estamos ya en el centro de la Gran Catedral. A derecha e izquierda imponentes macizos de una contextura rocosa y austera impresionan. Se ve uno como rodeado de gigantes de diversos tamaños configurados y alineados por las grietas, los barrancos y las relucientes cimas, pero gigantes descomunales.

Allí nos sentimos amilanados y empequeñecidos ante la fuerza de la naturaleza. Humillado miro al suelo, donde entre unas rocas descubro una margarita de las nieves. Me arrodillo y la recojo con verdadera unción. Siempre mirando hacia arriba y entre regatas secas y cascadas plenas vamos atravesando el valle. La cascada denominada Cola de Caballo no se ve hasta última hora, ya que está como escondida en un recodo, debajo de los mayestáticos Monte Perdido y Soum de Ramond.

Recuperamos fuerzas sentaditos al sol, saludando a un matrimonio alemán, que sigue al refugio de Goriz y a varios montañeros navarros que muy galantes nos ofrecen su bota de vino, y que naturalmente no aceptamos ya que ellos van a seguir la ascensión.

Hemos tardado tres horas en la suave caminata, ya que todo transcurre por un camino forestal maravillosamente trazado y cuidado.

Empezamos el descenso con la emoción y la satisfacción adentradas en el alma, pasando y mirando lentamente, como queriendo retener el espléndido espectáculo que ofrece el circo de Soaso.

Montañeros y excursionistas tardones suben lentamente y van acusando el calor, preguntan "si falta mucho". Después de dos horas, llegamos al punto de partida, con una decisión firme: la de volver.



Cascada del Estrecho

Fotografía: Javier Sáez de Eguilaz



Cola Caballo

Fotografía: Jesús Hospitaler